

A LA VICTORIA DE ARAPILES

Levanta, oh Tormes, la divina frente,
 Coronada de juncias y verbenas,
 Y convoca tus ninfas y pastores
 Y de tu orilla la dichosa gente,
 Que rotas son tus hórridas cadenas.
 Y entonando dulcísimos loores
 Canta á los vencedores,
 Que en tu auxilio volaron
 Con tal desnudo y ardoroso brio,
 Que al verlos se turbaron
 Las numerosas huestes del impío,
 Y desaparecieron asustadas
 Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera,
 Al hijo de Belona, al anglo fiero,
 Libertador glorioso de Castilla,
 Al que Bengala victorioso viera,
 A quien el Ganges la cerviz humilla,
 Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.
 Mírale precedido
 De la victoria por doquier. Su lanza
 Hoy sirve de instrumento á la venganza
 Del cielo tronador, y protegido
 Del furibundo Marte
 Libertará la España,
 Llevará su estandarte
 A la vana Lutecia,
 Y del francés humillará la saña,
 Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
 Ve que el Breton restaura los castillos
 Presas de su furor; intenta osado
 Al mismo firmamento mover guerra;
 Junta sus haces, habla á sus caudillos,
 Y en sus huestes sin número fiado:
 «Corred, volad, les dice encarnizado;
 Oprimid nuevamente
 El Agueda y el Duero, y Guadiana.
 Mi fuerza omnipotente
 Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
 Tiemble de mi rencor; los insulares
 De estas tierras lanzad, surquen los mares
 En sus naves huyendo
 Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
 Del flamígero carro luminoso
 Deshacerse la nieve amontonada
 Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
 Que con sonido raudo, en espumoso
 Y rugidor torrente desatada,
 Corre precipitada,
 Arrebatando los peñascos rudos
 Y los troncos membrudos,
 Y cubre con presura
 El valle, el monte, el soto y la llanura;
 De este modo las haces orgullosas
 Heridas de su acento se agitaron,
 Corrieron presurosas,
 Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
 Oh Tormes, y en tus márgenes amenas
 Estampando las huellas sanguinosas,
 Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
 Asolar amenazan las almenas
 De la española Aténas,
 Y al verlas dice ufano
 El feroz adalid: «Por más que intente
 De mi furor insano
 Minerva defender esa muralla,
 Su esfuerzo es impotente
 Contra mi poderío,
 Contra este acero y contra el brazo mio.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
 Deshizo, como suele ardiente fuego
 Deshacer seca arista! Y el valiente
 Breton de enojo armado
 Salió á su encuentro luégo;
 Y el brazo del Señor omnipotente,
 Que no tolera al vano y orgulloso,
 De palma y de laurel ciñó la frente
 A Wellington glorioso.
 Cayó el galo á su vista, de la suerte
 Que al rudo empuje del sañudo viento
 Altivo cedro, cuya excelsa cima
 Tocaba en el sublime firmamento,
 Y se ve en un momento
 Roto, sin hojas, mustio, destruido,
 Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
 Rotas sus huestes, rota su esperanza,
 Y en roja sangre su adalid bañado,
 Huye desalentado,
 Huye de la venganza
 Del anglo vencedor. La lanza fiera
 Arroja el polonés, y huye anhelante,
 El soberbio bridon aguija en vano,
 En vano tiende el brazo y la cuchilla;
 Que al vencedor se humilla,
 Y ante el inglés triunfante
 En la sangrienta arena,
 O le alcanza la muerte ó la cadena.

Los bravos adalides,
 Que en tantas fieras lides,
 Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
 Con mudo espanto y con asombro huyeron.
 A Wellington miraron,
 Y su desnudo y brazo no vencido;
 Y mudos se turbaron,
 Y su antiguo valor quedó en olvido.
 Mil falanges gimieron prisioneras,
 Rompiéronse del fuerte las banderas,
 Y el ferviente cañon, mudo y cautivo,
 Al vencedor altivo
 Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
 Con tardo paso, entre vencida gente.

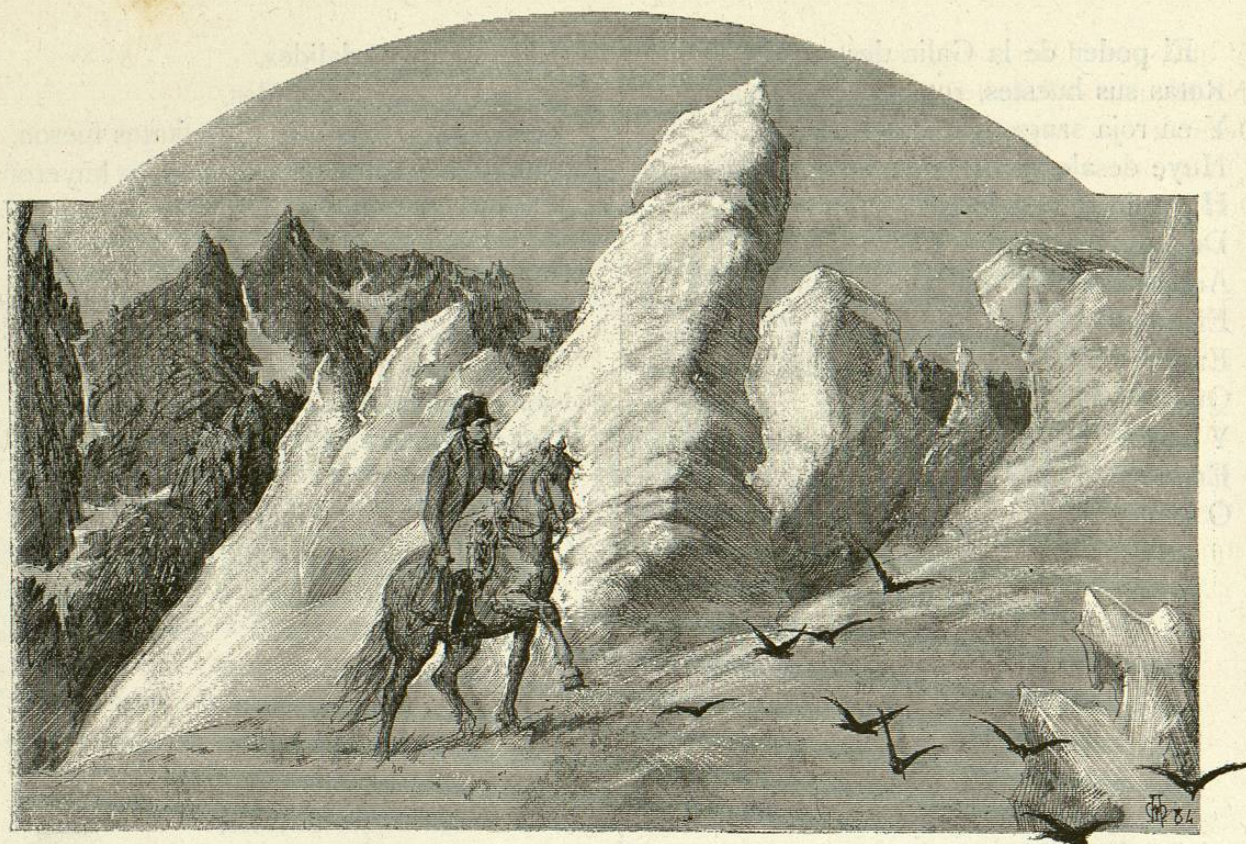
1812.

ROMANCE CORTO

Dulces ilusiones
 De amor y consuelo
 Que hicistes las dichas
 De mi incauto pecho:
 ¿Dónde habeis huido
 Con curso ligero,
 Como niebla leve
 Que arrebató el cierzo?
 ¿Por qué bienes tantos,
 Que juzgaba eternos,
 Fueron más fugaces
 Que engañoso sueño?
 Mal haya quien cifra
 Su dicha y su anhelo
 En falsas promesas
 De volubles pechos:
 En blandas caricias,
 Que alevos mientiendo,
 Traidoras ocultan
 Horrible veneno.
 ¿Dónde están, ingrata,
 Dónde tus extremos?
 ¿Dónde tus ofertas?
 ¿Dó tus juramentos?
 ¡Ay de mí infelice,
 Que en amor ardiendo,
 Bebí de tus labios
 Engaños sin cuento!
 ¡Ay, tú me robaste
 Mi bien, mi sosiego,
 El alma y la vida,
 Con halago tierno:
 Tú me los robastes
 Y ufana riendo,

Te gozas ahora
 Con mi llanto acerbo.
 Oh, mujer terrible,
 Más que el tigre fiero,
 ¿Por qué me inspiraste
 Tan horrible incendio,
 Si era nieve helada
 Tu alevoso seno?
 ¿Por qué me ofrecias
 Aquel mar inmenso
 De dichas sin tasa,
 De amores eternos?...
 ¡Cruel!... ¿Te complaces,
 Tu gozo está puesto
 En hacer dichosos
 Tan sólo un momento,
 Porque sean mayores
 Sus desdichas luégo?...
 Juegas con las almas,
 Desgarras los pechos,
 Ofreces delicias,
 Das sólo tormentos;
 Inspiras amores,
 Estás libre de ellos,
 Y haces infelices...
 ¡Bárbaro recreo!
 Sigue, ingrata y dura,
 Tanto mal haciendo,
 Mientras yo mezquino,
 Y abrasado y ciego,
 Perdido te adoro,
 Y en llanto deshecho,
 Muriendo á tus plantas
 Tus triunfos completo.

1814.



NAPOLEON DESTRONADO

¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido,
El que de duelo y orfandad cubria
Tus márgenes, está? ¿Dó está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbró el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus piés la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos, tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo, y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los piés; la torva vista
En derredor tendió; y «¿al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni áun el rayo de Dios me causa asombro,»
Dijo Napoleon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,

Que de terror y asombro el orbe llena,
Como rauda torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes,
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron también, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron también, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansion tranquila

¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: «Ni al rayo temo:
¿Quién podrá resistir al brazo mio,
Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
También lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracán sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los raudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britanos
Las regiones del mar luégo cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los piés del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

También el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luégo ligere

Corre á la lid el guerreador, que habita
En la Zembla polar al sol vedada;
Corre al combate el indomable Escita,
Que en el Rifeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe;
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

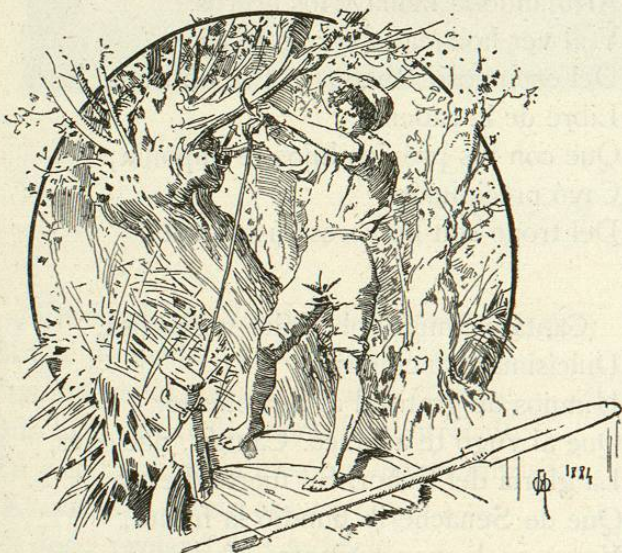
Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela, y se estremece,
Y mira por doquier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, oh Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia;
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Sér eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso,
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez.... ¡Ah, que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del piélagos espantoso!
Al atrevido azor alas pidiera,
Y con ellas volara presuroso,
Sin temer de Titan la viva lumbre,
De Pirineo á la elevada cumbre,
Y allí al són de la cítara de Apolo
Entonara canciones de alegría,
Que sonaran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el día.

ROMANCE

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celajes
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;



A un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca:

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas;

De este modo al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma:

¡Ay de mí! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa,

Y que tal vez cuando vuelva,
Después de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazón no me engaña:

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia;

Y aunque escuché sus gemidos
Y ví sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebatava;

Es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes,
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aún puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aún no olvidada;

Díle que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que ántes humildes besaban.

Díselo así, manso viento,
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente...
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa. 1814

ESPAÑA TRIUNFANTE

COMPOSICION PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
A tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
A defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
A los audaces, que agresión injusta
A tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo,
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:
Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las forajidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y «sinceros amigos nos finjamos,
Y es más seguro el triunfo,» se dijeron;
«El puñal entre olivas escondamos.»

TOMO I.

¡Heróicos Carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero,
Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligia.
Ni edad, ni sexo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto día:
¡Día de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroísmo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste
Ferozes se bañaron...
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!